

necesidad.

Mientras se ajustaba las medias al ligero en el cuarto de baño deseó que él prefiriese el programa deportivo de la televisión en lugar del que emitían por la radio. De esa forma le esperaría en la puerta del ropero abierta para poder corregirse en el espejo.

Pero se equivocó. Porque no bien hubo engullido los dos huevos fritos y la naranja, erupció, se quitó los zapatos y dijo que se iba a dormir. Fue cuestión de un segundo. Corrió al espejo de la entrada calculando el tiempo que él tardaría en desnudarse, se recogió el pelo en un moño desordenado, pintó sus labios con un carmín rojo intenso, se despojó de la bata y se precipitó al dormitorio.

No pudo entender como lo había hecho. Pero roncaba ya como si hiciera horas que ocupase la cama. No se dio por vencida. Sus manos, demasiado enrojecidas por la lejía y el descuido acariciaron -como había visto hacer en las películas- su oreja, la mejilla, el vello que surgía por el borde de su

camiseta de tirantes...

Pero déjame coño ¿qué quieres ahora?

-Mírame. Vuélvete un momento...

-Quita, joder.

La desplazó con el brazo y al hacerlo, entreabrió un ojo. La descubrió de repente irreconocible, hermosa, extrañamente transformada.

-¿Quién te ha prestado eso? Quítatelo, pareces una puta.

Entonces, solo entonces, fue cuando se dio cuenta de que ya no le amaba. Porque aquel dolor no podía proceder de otro sentimiento que no fuera el desamor. Amor de mujer cansada. Y corrió hasta la calle cerrando la puerta tras sí sin importarle nada, ni el frío de la noche ni el horror al vacío. Ni siquiera pensar que a aquellas horas, bajo la nieve, vestida con aquella prenda, alguien podía confundirla con una cualquiera

MARY CRUZ DE LOS RIOS

## ...Y CON LA PATA QUEBRADA

La lucha entre el binomio hombre-mujer parece no tener fin, ni siquiera esos períodos de tregua que se acuerdan en toda lucha.

Si en álgebra el binomio nos vale para expresar dos términos separados (+ -), ese más/menos a nivel humano representaría la lucha por la supremacía masculina contra la lucha femenina para equipararse en derechos y obligaciones, sin discriminación en virtud del sexo.

Esa supremacía masculina debe datar de la era troglodita, ya que en los seres cavernícolas primaba la fuerza física, que no la inteligencia. Esos esquemas de superioridad masculina se fueron transmitiendo genéticamente a todas las generaciones y si bien hubo épocas más cercanas de poder matriarcal, no prevaleció más de dos o tres siglos en una determinada civilización.

Se supone que ya se conocía en el siglo pasado el abominable refrán de: "la mujer en casa, y con la pata quebrada", puesto que dos conocidas escritoras como lo fueron Fernán Caballero y Deorge Sand, han tenido que enmascararse tras esos seudónimos masculinos para que sus libros no cayesen en desprestigio, tan solo por el hecho de ser escritos por muje-

